

—Beatriz, interrumpió aquí Escipion riendo á carcajada tendida, y dirigiendo la palabra á mi muger:—Amable Antonia, le dijo, míreme vd. bien, y dígame por su vida si á su parecer tengo semblante de divinidad.

—Por lo menos entonces, le dijo Escipion, le tenias á mis ojos; y ahora que tu fidelidad ya no me es sospechosa, me pareces mas hermosa que nunca. Mi secretario, despues de una respuesta tan amorosa, prosiguió así su historia:

—Este descubrimiento acabó de encenderme, no á la verdad en un ardor legítimo, porque me imaginé que fácilmente podria triunfar de su virtud combatiéndola con presentes capaces de desquiciarla; pero yo conocia mal á la casta Beatriz. Inútilmente le ofrecí mi bolsillo y mis obsequios por medio de ciertas mugercillas mercenarias, pues oyó con mucho enojo la propuesta. Su resistencia encendió mas mis deseos, y recurrí al último arbitrio, que fué ofrecerle mi mano, la que aceptó luego que supo que era yo secretario y tesorero de don Manrique. Pareciónos á los dos que convenia tener oculto nuestro matrimonio por algun tiempo, y así nos casamos de secreto, siendo testigos la señora Lorenza Séfora, aya de Serafina, y otros criados del conde de Polan. Luego que me casé con Beatriz, ella misma me facilitó el modo de verla y hablarle de noche en el jardín, en donde yo entraba por una puertecilla, cuya llave me entregó. Dificilmente se hallarian dos esposos que se amasen con mas ternura que nos amábamos Beatriz y yo: era igual en ambos la impaciencia con que esperábamos la hora señalada para vernos y hablarlos; ambos acudiamos allí con la misma ansia, y siempre se nos hacia corto el tiempo que pasábamos juntos, aunque algunas veces no dejaba de ser bien largo.

Una noche, que fué para mí tan cruel como habian sido deliciosas las anteriores, al ir á entrar en el jardín, quedé sorprendido de hallar abierta la puertecilla. Sobresaltóme aquella novedad, y formé de ella un mal juicio: me puse pálido y trémulo, como si hubiese presentado lo que iba á sucederme; y acercándome en medio de la oscuridad hácia un cenador en donde habia solido hablar á mi esposa, oí la voz de un hombre; me detuve para percibir mejor, y al momento llegaron á mis oidos estas palabras:—*No me hagas penar mas, mi querida Beatriz, completa mi felicidad, y piensa que de ella depende tu fortuna.* En vez de tener la paciencia de escuchar todavia, creí no tener necesidad de oír mas: un furor celoso se apoderó de mi alma, y no respirando sino venganza, desenvainé la espada y entré precipitadamente en el cenador.—¡Ah! vil seductor, exclamé, cualquiera que tú seas, antes de quitarme el honor, será menester que me arranques la vida. Diciendo estas palabras cerré contra el caballero que estaba en conversacion con Beatriz, que se puso

al momento en defensa, y se batió como persona mas diestra en el manejo de la armas que yo, que no habia recibido sino algunas lecciones de esgrima en Córdoba. Sin embargo, á pesar de su destreza le tiré una estocada que no pudo parar, ó mas bien, tuvo un tropiezo; víle caer al suelo, y creyendo haberle herido mortalmente, me puse en salvo á carrera tendida, sin querer responder á Beatriz que me llamaba.

—Así fué puntualmente, interrumpió la muger de Escipion, dirigiéndonos la palabra; yo le llamaba para sacarle de su error. El caballero que estaba hablando conmigo en el cenador era Don Fernando de Leiva. Este Señor, que amaba tiernamente á mi ama Julia, estaba determinado á sacarla de casa, pareciéndole que no la podria conseguir sino por este medio, y yo misma le habia citado para el jardín, con el fin de concertar con él esta fuga, de la cual me aseguraba él que pendia mi fortuna; pero por mas que llamé á mi esposo se alejó de mí como de una esposa infiel.

En el estado en que me hallaba, replicó Escipion, era capaz de eso y mucho mas. Los que saben por esperiencia qué cosa son celos, y las extravagancias que hacen cometer aun á los mas sensatos, no se admirarán del trastorno que causaron en mi débil imaginacion. Al momento pasé de un extremo á otro: á los sentimientos de ternura que un instante antes me animaban hácia mi esposa, me sobrevinieron bien pronto impulsos de aborrecimiento, é hice juramento de abandonarla y de desecharla para siempre de mi memoria. Por otra parte, creia haber muerto á un caballero, y bajo este concepto, temeroso de caer en manos de la justicia, experimentaba la turbacion penosa que persigue por todas partes como una furia á un hombre que acaba de cometer un crimen. En esta horrible situacion, no pensando mas que en ponerme en salvo, y sin volver siquiera á la posada, en aquel mismo punto salí de Toledo sin mas equipage que el vestido que tenia puesto. Es verdad que llevaba en el bolsillo hasta unos sesenta doblones, lo que no dejaba de ser un recurso bastante bueno para un mozo que tenia hecho ánimo de no pasar de criado en toda su vida.

Caminé toda aquella noche, ó por mejor decir, fuí corriendo, porque la idea de los alguaciles, presente siempre á mi imaginacion, me daba nuevo vigor. Amanecí entre Rodillas y Maqueda, y cuando llegué á este último pueblo, sintiéndome algo cansado, entré en la iglesia que acababan de abrir, y despues de haber hecho una breve oracion, me senté en un banco para descansar. Púseme á meditar en el estado de mis negocios, que no me daban poco en que discurrir; pero no tuve tiempo para hacer muchas reflexiones, porque luego oí resonar en la iglesia tres ó cuatro chasquidos de látigo, que me hicieron creer pasaba por allí



algun alquilador; me levanté al momento para ir á ver si me engañaba; y cuando estuve en la puerta, ví uno montado en una mula, que llevaba de reata otras dos.—Parad, amigo mio, le grité: ¿á dónde van esas mulas?—Á Madrid, me respondió: en ellas han venido á este pueblo dos religiosos dominicos, y me voy allá de retorno.

La ocasion que se presentaba de hacer el viage de Madrid, me inspiró deseo de verificarle; ajustéme con el alquilador; monté en una de sus mulas, y nos encaminamos hácia Illescas, en donde debiamos hacer noche.

No bien habiamos salido de Maqueda, cuando el alquilador, persona de treinta y cinco á cuarenta años, empezó á entonar cánticos de la iglesia á toda voz: comenzó por los salmos que los canónigos cantan á maitines, en seguida cantó el *Credo*, como en las misas solemnes; y luego pasando á las vísperas, me las cantó todas sin perdonarme ni aun el *Magnificat*. Aunque el majadero me aturdió los oídos, yo no podia menos de reír; y aun le incitaba á continuar cuando se veía precisado á detenerse para cobrar aliento.—¡Ánimo, buen amigo! le decia, prosiga vd., que si el cielo le ha dado tan buenos pulmones, vd. no hace mal uso de ellos.—¡Oh! en cuanto á eso, no, me respondió, no me parezco gracias á Dios á la mayor parte de los alquiladores que no cantan sino canciones infames ó impías; ni tampoco canto nunca romances sobre nuestras guerras contra los moros, porque son unas cosas á lo menos frívolas, cuando no sean indecentes.—Teneis, le repliqué, una pureza de corazon que raras veces tienen los alquiladores; y siendo tan escrupuloso en punto de canciones, ¿habeis hecho tambien voto de castidad en las posadas donde hay criadas mozas?—Seguramente, me respondió; la continencia es tambien una cosa de que me precio en estos parages; en ellos solo me ocupa el cuidado de mis mulas. No quedé poco admirado de oír hablar de este modo á aquel fénix de los alquiladores; y teniéndole por un hombre de bien y de talento, entablé conversacion con él luego que acabó de cantar cuanto le dió la gana.

Llegamos á Illescas á la caída de la tarde. Luego que nos apeamos en el meson, dejé á mi compañero que cuidase de sus mulas, y me metí en la cocina á encargar al mesonero que nos dispusiese una buena cena, lo que prometió hacer tan bien, que me acordaria, dijo él, toda mi vida de haberme alojado en su meson.—Pregunte su merced, añadió, pregunte á su alquilador quién soy yo. ¡Voto á tal! que desafiaria á todos los cocineros de Madrid y de Toledo á hacer una olla podrida como las que yo hago. Esta noche quiero agasajar á su merced con un guisado de gazapo compuesto de mi mano, y verá si tengo razon para ponderar mi habilidad. Dicho esto, mostrándome una cazuela en que habia, segun él decia, un conejo hecho ya trozos:—Mire vd., continuó, lo que pienso darle despues que le

haya echado pimienta, sal, vino, un manojo de yerbas, y algunos otros ingredientes que empleo en mis salsas, con lo que espero regalar á su merced con un guisado que se pudiera presentar á un contador mayor.

El mesonero, despues de haber hecho de este modo su elogio, comenzó á disponer la cena. Mientras tanto, me entré en un cuarto, y echándome en una mala cama que habia allí, me quedé dormido de cansancio por no haber sosegado nada la noche antecedente. De allí á dos horas vino á despertarme el alquilador, diciendo:—Señor amo, la cena está pronta, venga vd. si gusta á sentarse á la mesa; la cual estaba puesta en una sala con solos dos cubiertos. Sentámonos á ella el alquilador y yo, y nos trajeron el guisado; me tiré á él con ansia, y me supo muy bien, ya fuese porque la hambre me lo hizo apetitoso, ya por el sainete que le daban los ingredientes del cocinero. En seguida nos sirvieron un trozo de carnero asado; y observando que el alquilador solo tomaba de este segundo plato, le pregunté, ¿por qué no tomaba del otro?—Me respondió sonriéndose, que no le gustaban los guisos; cuya respuesta, ó por mejor decir, la risita con que la habia acompañado, me pareció misteriosa.—Vd. me oculta, le dije, la verdadera razon que le impide comer de este guisado: hágame el gusto de decírmela.—Ya que vd. tiene tanta curiosidad de saberla, replicó él, le diré que tengo repugnancia á llenarme el estómago de esa especie de guisotes desde que caminando de Toledo á Cuenca, me dieron una noche en un meson, por conejo de vivar un jigote de gato; lo que me ha hecho cobrar aversion á los cochifritos.

Apénas el alquilador me dijo estas palabras, perdí enteramente el apetito en medio del hambre que me devoraba. Se me encajó en la cabeza que acababa de comer conejo solo en el nombre, y ya no miré el guisado sino haciéndole gestos. El arriero, lejos de desvanecer mi aprension, me la aumentó diciéndome que los mesoneros y pasteleros en España hacian con frecuencia aquella especie de *quid pro quo*; lo que, como ustedes pueden pensar, no me sirvió de mucho consuelo, antes bien me quitó del todo la gana, no ya de volver á probar el guisote, mas ni aun de tocar al asado, temiendo que el carnero no lo fuese mas realmente que el conejo. Levantéme de la mesa echando mil maldiciones al guiso, al mesonero y al meson; volvíme á tender en la cama, y pasé la noche con mas quietud de la que pensaba. El dia siguiente muy temprano, despues de haber pagado al mesonero con tanta largueza como si me hubiera tratado perfectamente, salí de Illescas tan ocupado el pensamiento en el guisado, que me parecian gatos cuantos animales se me ofrecian á la vista.

Entramos temprano en Madrid, y despues de haber satisfecho al conductor, me hospedé en una posada de caballeros cerca de la puerta del

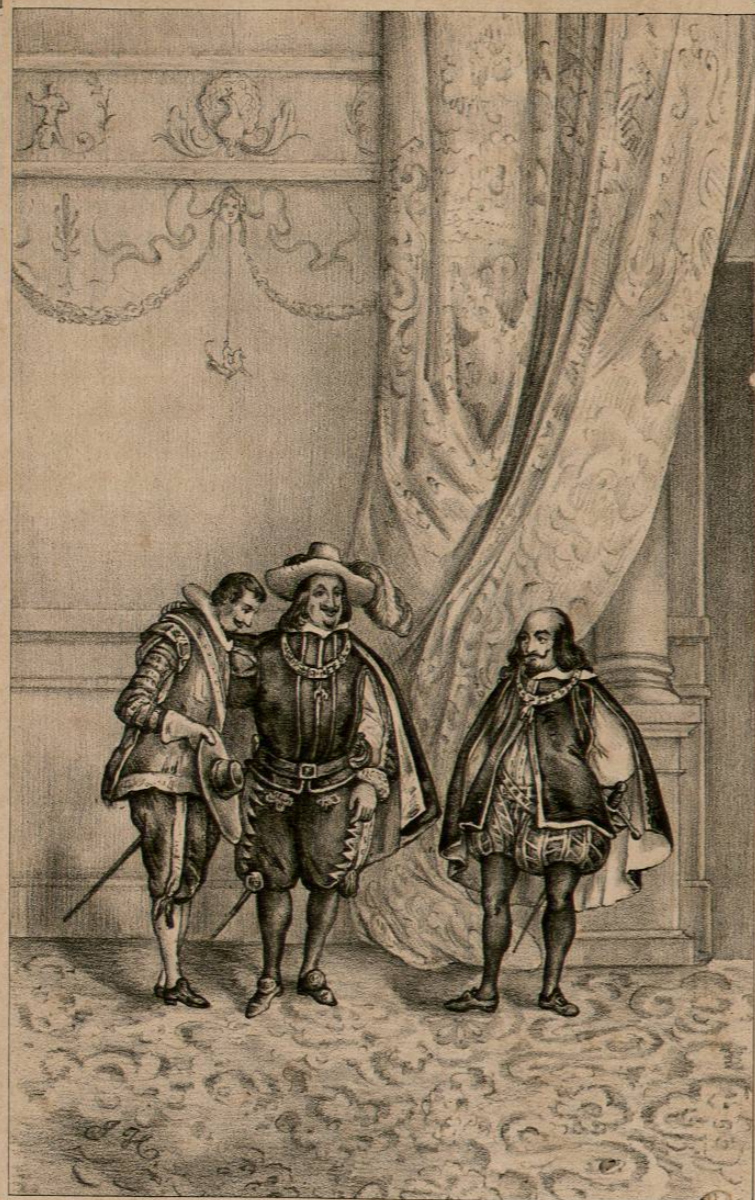


Sol. Aunque mis ojos estaban acostumbrados al gran mundo, no dejaron de deslumbrarse con el concurso de señores que se ven comunmente en el centro de la corte. Pasmóme el enorme número de coches, y la gran multitud de gentiles hombres, pages y lacayos que los grandes llevaban de comitiva. Llegó á lo sumo mi admiracion, cuando, habiendo ido á ver el rey, miré al monarca rodeado de sus cortesanos. Quedé encantado á vista de tal espectáculo; y dije para mí:—Ya no me admiro de haber oido decir que es indispensable ver la corte de Madrid para formar concepto cabal de su magnificencia: celebro infinito el visitarla, y el corazon me dice que he de hacer algo en ella. Sin embargo, nada mas hice que contraer algunas amistades inútiles: fuí poco á poco gastando todo mi dinero, y me tuve por muy dichoso en haberme acomodado, á pesar de todo mi mérito, con un pedante de Salamanca, á quien conocí casualmente que habia ido á la corte, su patria, á negocios personales. Llegué á ser sus piés y sus manos, y cuando se restituyó á su universidad me llevó en su compañía.

Llamábase Don Ignacio de Ipiña este mi nuevo amo. Él mismo se tomaba el *don* por haber sido maestro de un duque, el cual por agradecimiento le habia señalado una renta vitalicia: gozaba otra por catedrático jubilado del colegio, y ademas de eso sacaba del público doscientos ó trescientos doblones anuales por los libros de moral dogmática que solia dar á la prensa. El modo con que componia sus obras me parece digno de contarse. Gastaba casi todo el dia en leer autores hebreos, griegos y latinos, y en escribir en medias cuartillas de papel todos los apotegmas ó pensamientos sublimes que encontraba en ellos; conforme iba llenando las cuartillas, me las hacia ensartar en un alambre en figura de guirnalda, y cada una formaba un tomo. ¡Qué de libros perversos hacíamos! Apenas se pasaba mes alguno sin que formásemos cuando menos dos volúmenes, y al momento iban á fatigar la prensa. Lo mas extraordinario era, que estas compilaciones se hacian pasar por cosas nuevas; y si los críticos trataban de hacer ver al autor que era un plagiario de las obras de los antiguos, les contestaba con orgulloso descaro:—*Furto laetamur in ipso*.

Tambien era gran comentador, y estaban tan llenos de erudicion sus comentarios, que á cada paso hacia notas sobre cosas que no merecian *par*; así como en las medias cuartillas de papel escribia inoportunamente pasages de Hesiodo y de otros autores. Yo no dejé de aprovechar en casa de este sabio, y seria ingratitud negarlo; pues á lo menos, á fuerza de copiar sus obras, fuí aprendiendo á escribir decentemente; y considerándome él no ya como criado, sino como discípulo suyo, ilustró mi entendimiento sin descuidarse en arreglar mis costumbres. Si por





casualidad llegaba á saber que algun otro criado habia hecho algo malo: —Escipion, me decia, guárdate bien, hijo, de hacer lo que ha hecho ese bribon: un criado debe esmerarse en servir lealmente á su amo. En una palabra, no perdía ocasion Don Ignacio de echortarme á la virtud; y sus palabras en mí hacian tanta impresion, que en los quince meses que le serví, no tuve la mas mínima tentacion de jugarle ninguna de las piezas á que estaba acostumbrado, ni tampoco hice en su casa la mas leve travesura.

Ya dejo dicho que el doctor Ipiña era hijo de Madrid, donde tenia una parienta llamada Catalina, que era camarera del ama que habia criado al príncipe de Asturias. La tal sirvienta, que es la misma de quien me valí para sacar al Señor Santillana de la torre de Segovia, deseosa de hacer algo por su pariente Don Ignacio, se empeñó con su ama para que le consiguiese del duque de Lerma alguna pieza eclesiástica. El ministro le confirió el arcedianato de Granada, porque siendo aquel reino pais de conquista, todas las prebendas son del patronato real, y de nombramiento del rey. Luego que lo supimos, marchamos á Madrid, porque quiso el doctor dar las gracias á sus bienhechoras antes de ir á Granada. Con esta ocasion las tuve frecuentes de ver y tratar á la tal Catalina, que se pagó mucho de mi buen humor y desembarazo. No me gustó á mí menos la mozuela, y tanto que, no pude dejar de corresponder á ciertas señales de particular inclinacion que me manifestaba; en conclusion, nos enamoramos uno de otro. Perdóname, querida Beatriz, esta confesion que hago; el mirarte entonces como infiel á mí, fué lo que me hizo propasar á lo que no me era permitido.

Mientras tanto el doctor Don Ignacio iba disponiendo su viaje á Granada. Sobresaltados su parienta y yo de la dolorosa separacion que se acercaba, discurrimos un arbitrio que nos libró de este golpe. Fingíme gravemente enfermo, quejándome de la cabeza, del vientre y del pecho con todas las demostraciones del hombre mas angustiado del mundo. Mi amo llamó á un médico, el cual, despues de haberme reconocido, me dijo de buena fe que mi enfermedad era mas séria de lo que parecia, y que verosilmente no me levantaria tan presto de la cama. Impaciente el doctor por irse á su catedral, no tuvo por oportuno dilatar mas su viaje, y prefirió tomar otro criado para que le sirviera; contentándose con entregarme al cuidado de una asistenta, á la cual dejó cierta cantidad de dinero para mi entierro si moria, ó para recompensar mis servicios si salía de mi enfermedad.

Luego que supe que Don Ignacio habia salido para Granada, me hallé curado de todos mis males. Levantéme, despedí al médico que habia dado tan notoria prueba de su gran penetracion, y me deshice de la



asistenta, que me robó mas de la mitad del dinero que debia entregarme. Mientras yo representaba este papel, Catalina desempeñaba otro muy diverso con su ama Doña Ana de Guevara, á la cual, persuadiéndola de que yo era un intrigante ducho, la puso en deseo de escogermé por uno de sus agentes. La señora ama, que tenia mucho apego á las riquezas, era dada á manejos que pudieran producirlas, y necesitando de personas á propósito para ello, me recibió entre sus criados. Tardé poco en dar pruebas de mi talento. Dióme algunos encargos delicados que pedian viveza y maña, los que puedo asegurar sin vanidad, desempeñé á su satisfaccion; por lo que quedó tan pagada de mí, como yo poco satisfecho de ella, pues era tan codiciosa, que nada me tocaba de lo mucho que le redituaban mis manipulaciones y mi industria. Parecíale que solo con pagarme puntual y esactamente mi salario usaba conmigo de sobrada generosidad. Este exceso de avaricia me hubiera hecho salir muy presto de su casa, á no haberme detenido en ella el afecto á Catalina, la cual, enamorada cada dia mas y mas de mí, me propuso formalmente que nos casásemos.

—¡Poco á poco! le respondí, querida mia, esa ceremonia no la podemos hacer tan prontamente; para eso es menester esperar la muerte de cierta jovencita que se anticipó á tí, y con quien por mis pecados estoy ya casado.—A otro perro con ese hueso, replicó Catalina; ahora te quieres fingir casado para cohonestar cortesanamente la repugnancia que tienes á casarte conmigo. En vano aseguré mil veces, que le decia la pura verdad, pues no hubo forma de hacérsela creer; y pareciéndole que mi sincera confesion era una escusa, se dió por ofendida, y desde aquel mismo punto mudó de estilo conmigo. No llegamos á reñir ni á romper del todo nuestra comunicacion; pero resfriándose visiblemente nuestro recíproco cariño, quedó reducido nuestro trato á los precisos términos que no se podian negar á la buena crianza y al bien parecer.

En este estado me hallaba cuando supe que el Señor Gil Blas de Santillana, secretario del primer ministro del reino de España, estaba á la sazón sin criado. Pintáronme esta conveniencia como la mayor y mas ventajosa á que podía aspirar. El Señor de Santillana, me dijeron, es un caballero de mucho mérito, un mozo sumamente querido del duque de Lerma, y á cuya sombra no puedes menos de hacer una gran fortuna; ademas de eso, es de un corazon generoso y lleno de bizarría; haciendo tú sus negocios, no dudes que harás tambien el tuyo. No malogré la ocasion; presentéme al Señor Gil Blas, á quien tomé desde luego inclinacion: agradóle mi fisonomía, recibióme en su casa, y no me detuve un punto en dejar por él la de la señora ama; y éste, si Dios quiere, será el último amo á quien sirva.

Así dió fin á su historia el buen Escipion, y volviéndose despues á mí, me habló en estos términos:—Señor de Santillana, hágame vd. el favor de atestiguar á estas señoras que siempre me ha tenido por un criado tan fiel como celoso. He menester de este testimonio, para persuadirles, que el hijo de la Coscolina corrigió en vuestra compañía sus malas costumbres, sucediendo á ellas en su corazon y en sus operaciones, virtuosos y honrados pensamientos.

—Así es, señoras, les dije, eso puedo asegurároslo. Si en su niñez Escipion era un verdadero pícaro, se ha corregido despues tan completamente, que ha llegado á ser un dechado perfecto de criados. Lejos de tener de que quejarme, ni que reprender en su modo de portarse desde que está en mi casa, debo al contrario confesar que le soy deudor de muchas obligaciones. La noche que me prendieron para llevarme al alcázar de Segovia, libertó mi casa del pillage y puso en seguridad parte de mis efectos, de que impunemente pudo haberse apropiado. No contento por haber mirado por la conservacion de mis bienes, quiso, llevado de puro afecto, encerrarse conmigo en mi prision, prefiriendo á los atractivos de la libertad el triste consuelo de acompañarme en mis trabajos.

